

MARCOS CHICOT

EL ASESINATO DE
ARISTÓTELES

Marcos Chicot



El asesinato de Aristóteles

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Marcos Chicot, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía
Ilustraciones del interior: © Álvar Salom

Primera edición: mayo de 2025
Depósito legal: B. 7174-2025
ISBN: 978-84-08-30251-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

Atenas, agosto de 324 a. C.

«¿Qué ocurre...?»

Aristóteles se detuvo en el ágora de Atenas experimentando una profunda inquietud. La docena de discípulos que lo acompañaba se mantuvo junto a él en silencio. Levantó la mirada y observó el entorno: el cielo estaba despejado y el sol del atardecer hacía relucir con tono cobrizo los templos de mármol que coronaban la Acrópolis. No había signos de que fuera a producirse una tormenta, pero sentía el aire cargado con el olor metálico que precede a las grandes tempestades y una impresión de peligro le erizaba el vello de la nuca.

Sus cejas grises descendieron al entornar los ojos para examinar el tramo de la vía Panatenaica que llevaba del ágora a la Acrópolis. Estaba menos concurrida de lo habitual, pero aquello no era extraño porque muchos hombres habían acudido a Olimpia, donde se estaban celebrando los Juegos dedicados a Zeus.

Teofrasto, su discípulo más destacado, se acercó a él.

—¿Qué sucede, maestro?

Aristóteles esbozó una sonrisa para quitar importancia, pero la sensación de presagio seguía contrayéndole las entrañas. Reanudó la marcha en dirección a la biblioteca del Liceo, la más nutrida de Atenas, adonde llevaba tres rollos de papiro que acababa de comprar. Algunos de los atenienses con los que se cruzaban lo saludaban con grandes muestras de respeto, mientras que otros le dirigían miradas hoscas.

Un herrero con la túnica por la cintura y el torso empapado de sudor pasó cargado con algunas piezas de metal y murmuró una retahíla de insultos al reconocerlo. Aristóteles había prohibido a sus discípulos que respondieran a las provocaciones y el grupo siguió avanzando en un silencio tenso.

Cuando estuvieron lejos del herrero, Teofrasto volvió a hablar:

—Nos encontramos en una época turbulenta, permíteme insistir en que deberías extremar las precauciones.

Aristóteles asintió pensativo. Teofrasto a veces se preocupaba en exceso por su seguridad, pero en esta ocasión tenía razón. Los ánimos estaban especialmente revueltos a causa de que el tesorero del rey Alejandro, un hombre llamado Hárpalos, había traicionado a su señor y había acudido a Atenas con la intención de que la ciudad se levantara contra Macedonia.

«Nada de eso tiene que ver conmigo —se dijo frunciendo los labios en un gesto obstinado. Hacía más de una década que dirigía el Liceo y a él la política le interesaba como materia de estudio, no como algo en lo que participar—. Sin embargo, no puedo obviar que muchos atenienses lo ven de otro modo.» Por eso hacía que los acompañaran un par de robustos esclavos cuya función era repeler un posible ataque. También mantenía otros dos en su casa como protección para su esposa Herpilis, su hija Pitias y el pequeño Nicómaco.

Llegaron a una calle ancha y pasaron junto a la mansión más grande y ostentosa de Atenas. Su propietario, un comerciante llamado Creonte, no poseía unas dotes oratorias que le permitieran destacar en la Asamblea, pero su enorme fortuna y sus contactos lo convertían en uno de los hombres más influyentes de la ciudad. Aristóteles ralentizó la marcha hasta detenerse y contempló la gruesa puerta de madera y bronce de la mansión. Sabía que el poderoso Creonte se contaba entre sus enemigos.

Del interior le llegó el rumor de música y conversaciones propio de un banquete y la sensación de mal presagio se volvió más intensa.

Creonte dejó la pesada copa de plata en la mesita que había frente a su triclinio. Dirigió la mirada a su esclava predilecta y le hizo un gesto para que le sirviera más vino.

La bella muchacha de piel canela cruzó descalza el suelo de mosaico sosteniendo una jarra. Se detuvo junto al triclinio y se inclinó para servirle. Él le envolvió la pierna con una mano

ancha y fuerte y la acarició mientras contemplaba a sus invitados y pensaba con desagrado en Aristóteles.

Se dio cuenta de que la muchacha temblaba y se acercó a ella para hablarle en voz baja:

—Tranquila, ahora no voy a hacerte daño.

La esclava esbozó un asentimiento rápido y Creonte notó que se le erizaba la piel del muslo. Movi6 la mano, arriba y abajo, y después le dio una palmada para que se alejara.

Bebió un largo trago y volvió a prestar atención a los hombres que lo rodeaban. En su salón de banquetes se encontraban los políticos más influyentes y algunos de los ciudadanos más ricos de Atenas. El aire cálido estaba perfumado con la fragancia del incienso y un par de citaristas tañía sus instrumentos con suavidad; sin embargo, el ambiente se había vuelto cada vez más tenso según corría el vino y discutían sobre un acontecimiento crucial para el destino de la ciudad.

Dejó de nuevo la copa en la mesita y miró al hombre que ocupaba el triclinio que tenía enfrente. Se trataba de Demóstenes, el orador más respetado de la Asamblea, el hombre que dictaba la política de Atenas desde hacía dos décadas. Los labios de Creonte se tensaron mientras lo observaba. Hárpalo, el tesorero de Alejandro, había huido al enterarse de que su rey regresaba vivo de una larga campaña en Oriente, pues temía que lo ejecutara por haberse gastado una parte considerable del tesoro en lujos desmesurados. El tesorero, provisto de un nutrido ejército de mercenarios, había solicitado que Atenas lo acogiera, pero Demóstenes había rechazado la petición.

«Llevábamos años esperando una oportunidad así, y este hijo de perra nos la ha arrebatado.»

Demóstenes ceñía su ralo cabello gris con una corona de hiedra y se había bajado la túnica hasta la cintura, como todos los presentes, pero él sólo bebía agua y era el único que permanecía completamente sobrio. A Creonte lo asqueaba su afectada austeridad tanto como la fealdad de su rostro tosco, que mostraba una expresión más agria de lo habitual mientras recibía un aluvión de críticas. También le repugnaba su cuerpo enjuto, de miembros tan flacos como si pasara hambre. Aunque en ese momento llevaba una túnica lujosa de lino de Amorgos, que resplandecía con el brillo anaranjado

de las lámparas de aceite repartidas por el salón, Demóstenes seguía pareciendo un mendigo.

—¡En todo caso podéis acusarme de prudente! —Demóstenes se irguió mientras respondía con la voz crispada a los hombres que lo increpaban con ferocidad—. ¡Pero no podéis acusarme de que mi prioridad sea otra que la libertad de Atenas, como lo ha sido desde que intervine por primera vez en la Asamblea! —Apoyó una mano nervuda en el borde labrado del triclinio y miró a uno y otro lado—. Todos deseábamos que el rey Alejandro muriese en las lejanas regiones de Oriente, pero ha regresado y ahora su imperio es más extenso y poderoso que nunca...

—¡Lo que es más grande que nunca es tu cobardía! —lo interrumpió Hipérides, un hombre algunos años mayor que era su principal adversario en la lucha por controlar la Asamblea de Atenas.

—¡No te atrevas a llamarme cobarde! —gritó Demóstenes.

—Por supuesto que me atrevo, porque la cobardía es tu defecto, no el mío.

Creonte esbozó una sonrisa dura al oír aquella réplica.

«Hipérides está poniendo el foco en su principal punto débil», se dijo satisfecho. Todos sabían que Demóstenes se había dejado llevar por el miedo durante una batalla y había escapado corriendo.

Un par de esclavas cruzaron el salón para rellenar algunas copas mientras los hombres recibían cada vez más exaltados las intervenciones de los dos políticos más importantes de Atenas.

—¡Los dioses han tratado de ayudarnos y tú has actuado en contra de sus designios! —Hipérides recibió un clamor favorable de sus seguidores y otro cargado de ira de los de su rival—. Pues ¿quién, sino los dioses, podría haber hecho que acudiera a nuestra ciudad el mismísimo tesorero de Alejandro, para ponerse a nuestra disposición con un ejército de seis mil mercenarios y una inmensa fortuna en oro y plata?

Creonte se unió a los gritos mientras Demóstenes replicaba con el mismo ardor:

—¡Sabéis perfectamente que no hay lugar del mundo en

el que Hárpalo pueda esconderse de la venganza de Alejandro, y que ésta se extenderá a cualquier ciudad que trate de ayudarlo! ¡Hice todo lo posible para que Hárpalo y su ejército de mercenarios no entraran en Atenas porque lo contrario habría equivalido a declararle la guerra a Alejandro!

Hipérides lo señaló con un dedo acusador.

—¡Alejandro se cree un dios, pero sólo es un hombre, por mucho que tú lo adores!

Los partidarios de ambos vociferaron de tal modo que Demóstenes tuvo que guardar silencio. Aprovechó para tratar de calmarse; las grandes decisiones se tomaban por mayoría en la Asamblea de Atenas, pero también sabía que aquellas reuniones en la mansión de Creonte, el más acaudalado de los atenienses, podían ser decisivas para inclinar la balanza del poder en uno u otro sentido.

—Alejandro es un hombre... —Alzó las manos para que le permitieran hablar—. Alejandro es un hombre, sí, pero más nos vale no olvidar que cuando la poderosa Tebas se rebeló contra él, arrasó la ciudad hasta que no quedaron ni los cimientos. —Ignoró las voces en su contra y continuó—: Ni que cuando después se fue a conquistar Asia, los espartanos creyeron que podrían aprovechar para rebelarse, como creéis vosotros ahora, pero el general Antípato, el mismo macedonio que sigue gobernando Grecia en ausencia de Alejandro, les hizo pagar por ello de tal modo que ahora la gran Esparta no es más que una insignificante sombra de lo que fue. Alejandro no es un dios, pero ha aplastado muchas de las ciudades más poderosas de Grecia utilizando sólo una pequeña parte del poder que tiene ahora, que es dueño de un imperio de dimensiones que ni siquiera podemos concebir.

—Maldito cobarde... —masculló Creonte.

Sabía que él no era un buen orador y bebió de golpe el resto de su vino para tragarse la rabia mientras dejaba que Hipérides replicara. Al no permitir que Atenas acogiera a Hárpalo, Demóstenes había arruinado una ocasión extraordinaria para tratar de sacudirse el yugo de Macedonia. Los seis mil mercenarios del tesorero ya constituían una fuerza considerable, pero con los cinco mil talentos en oro y plata que había sustraído del tesoro de Alejandro habrían podido reclutar un

ejército mucho mayor y construir una gran flota.¹ Por otra parte, la presencia de Hárpalos habría servido para convencer de que se unieran a la rebelión otras ciudades griegas, e incluso algunas provincias persas que estaban deseando librarse de Alejandro.

Dejó la copa en la mesita golpeando un cuenco con uvas y trozos de queso que cayó al suelo. La joven esclava de piel canela apareció al momento junto a su triclinio, se arrodilló y se apresuró a recoger la comida desperdigada por las teselas del mosaico. La túnica corta se le abría en esa posición y Creonte contempló el cuerpo de la muchacha. En contraste con la flacidez de su esposa, la tersura de aquella carne le provocó un ramalazo de deseo.

Detuvo la mirada en su boca de labios gruesos, ligeramente abiertos en una expresión atemorizada.

«Esta noche volveré a disfrutar de ella», decidió.

La esclava terminó de limpiar, le rellenó la copa y él siguió bebiendo con un humor cada vez más sombrío. Los ataques de Hipérides debilitaban la posición de Demóstenes, pero sólo un acontecimiento excepcional podría lograr que la mayoría de la Asamblea se atreviera a enfrentarse a Alejandro. Después de que rechazaran a Hárpalos, éste se había ido con sus riquezas y sus mercenarios al cabo Ténaro, en el Peloponeso, donde aguardaba a que alguna ciudad lo acogiera. Aunque se hallaba a pocos días de navegación, con la Asamblea en contra era como si estuviese al otro lado del mundo.

«Una oportunidad como ésta no volverá a presentarse, hay que encontrar el modo de convencer a la Asamblea.»

El debate fue perdiendo intensidad poco a poco. Creonte se dio cuenta de que esa noche no avanzarían con lo de Hárpalos, pero no se resignaba a no actuar contra Macedonia. Se apoyó en un codo y se incorporó en el triclinio alzando la copa.

1. Los datos sobre el número de mercenarios y la cuantía del tesoro robado por Hárpalos a Alejandro, así como la postura que tomó Atenas, están recogidos tal como los relatan Diodoro de Sicilia (*Biblioteca Histórica*), Quinto Curcio Rufo (*Historia de Alejandro Magno*) y el propio Hipérides (*Discurso contra Demóstenes*).

—Amigos... —Esperó un momento a que el salón quedara en silencio—. Parece que esta noche el invasor Alejandro y su general Antípatro no van a sentir la ira de Atenas. —Lo dijo sonriendo y algunos de los más borrachos rieron, pero la mayoría quedó expectante—. En cualquier caso, doy por hecho que todos los aquí presentes desearíamos ver sus cabezas clavadas en lo alto de una pica, ¿no es así? —Se volvió hacia unos y otros con la copa todavía levantada y la sonrisa tensando sus labios. Demóstenes y sus partidarios se apresuraron a asentir antes que nadie—. Por desgracia, acabar con sus vidas no está en nuestras manos en este momento..., pero sí tenemos a nuestro alcance a alguien que es tan responsable de los actos de Alejandro y Antípatro como ellos mismos.

—Te refieres a Aristóteles —dijo Hipérides.

—Por supuesto, hablo de Aristóteles. —Creonte pronunció su nombre con asco—. El macedonio² que fue maestro de Alejandro, que dio forma a su mente, a sus ideas, a sus planes. El amigo de Alejandro y de Antípatro que reside entre nosotros y les escribe cartas para contarles todo lo que ve y oye en Atenas.

Varios hombres asintieron mostrando su acuerdo, pero el primero que habló fue Demóstenes.

—Aristóteles sólo es un filósofo —repuso, incómodo pero decidido—. De hecho, es el mejor filósofo de nuestro tiempo. Y aunque tenga vínculos con los macedonios, el enorme prestigio de su escuela beneficia a Atenas, no a Macedonia.

Creonte le dirigió una mirada gélida. Sabía que Demóstenes había asistido en su juventud a algunas clases de Platón, el maestro de Aristóteles. Él no entendía de filosofía, pero Platón era ateniense y su recuerdo se veneraba en Atenas como si hubiera sido un dios. A veces oía a alguien decir que Aristóteles había superado a su maestro y le hervía la sangre. Que un

2. Estagira no pertenecía a Macedonia en el momento del nacimiento de Aristóteles. No obstante, Creonte se refiere a él despectivamente como «macedonio» por su profunda relación con la monarquía macedonia. Aristóteles no sólo fue el maestro de Alejandro, también vivió parte de su infancia en la capital de Macedonia porque su padre era médico oficial de la corte real.

ateniense tan relevante como Demóstenes lo defendiera le resultaba aún más intolerable.

—Aristóteles es un filósofo —convino—. Y en Atenas hay macedonios que son zapateros, curtidores, pescaderos... ¡Pero ninguno de ellos ha sido el tutor de Alejandro ni mantiene correspondencia con el general Antípatro! —Su grito fue respondido con furiosas exclamaciones en contra de Aristóteles por parte de la mayoría de los hombres. Prosiguió mirándolos uno a uno—: La presencia de Aristóteles en Atenas no es sólo una humillación, sino también un peligro por tener entre nosotros a un espía en quien muchos atenienses poderosos confían ciegamente. ¡Y al mismo tiempo es una oportunidad de vengarnos de Antípatro y Alejandro matando a uno de sus allegados más cercanos!

Se alzaron nuevas voces a favor, pero esta vez menos numerosas y más débiles. Creonte agarró con fuerza la copa y sintió ganas de lanzársela a aquellos malditos cobardes.

Se volvió hacia Hipérides buscando su apoyo y el orador le sostuvo la mirada con los labios apretados bajo la barba grisácea. Finalmente intervino con un tono conciliador que a Creonte le resultó exasperante:

—A pesar de la opinión de Demóstenes, es innegable que la mayoría estamos de acuerdo en que la presencia de Aristóteles es humillante. Y en que nos gustaría vengarnos de Alejandro acabando con su maestro. Sin embargo, Alejandro no permitiría que un ataque tan personal quedara impune. La propia supervivencia de Atenas estaría en peligro. Creo que lo de Aristóteles debe esperar a que se den las condiciones para levantarnos contra Macedonia.

Hubo algunas protestas, pero predominaron las manifestaciones a favor de esperar. Creonte contempló a los hombres que ocupaban los triclinios de su salón de banquetes, asintió como si estuviera de acuerdo y se recostó en los cojines con la garganta atenazada por la rabia. Apuró el contenido de su copa y la levantó hacia la esclava, que ya se encontraba junto a él con una jarra de vino.

Su irritación aumentó al notar el alivio en la voz de los hombres que tenía a su derecha. Preferían la deshonra de que Aristóteles viviera en Atenas antes que arriesgarse a provocar

la ira de Alejandro. Giró la cabeza hacia Demóstenes; al hacerlo, desplazó el brazo con el que sujetaba la copa y el vino que estaba sirviendo la esclava se vertió en su tripa.

—¡Maldita seas! —Se incorporó con rapidez y el contenido de la copa cayó también sobre él. El líquido se deslizó por debajo de su túnica, empapándole los muslos y los genitales.

—Lo... Lo siento... —La joven había retrocedido un paso y lo miraba aterrada.

Creonte oyó una risa contenida, se dio cuenta de que varios hombres lo estaban mirando y reprimió el impulso de golpear a la esclava.

—Vete.

La muchacha abandonó el salón y otra esclava se acercó con unos paños para secarlo. Él dejó que lo hiciera y se obligó a bromear con algunos de sus invitados sobre lo que había ocurrido. Pasado un rato, consiguió que lo dejaran en paz y se sumió en un silencio taciturno.

En el salón se mantenían varias conversaciones cruzadas, la mayoría de ellas todavía centradas en Aristóteles. Algunos hombres hablaban de cómo acabar con él, pero parecía que lo hacían con temor, como si el rey Alejandro pudiera escucharlos desde Persia.

El ánimo de Creonte se oscureció aún más cuando distinguió algunos retazos de lo que decía en voz baja uno de los hombres que hablaba con Demóstenes.

—... mente sobrehumana... sólo él puede abarcarlo y comprenderlo todo...

Notó que el corazón le golpeaba en el pecho con tanta fuerza que le costaba respirar. Aquel hombre, perteneciente a una de las principales familias de Atenas, no se refería a Aristóteles como si fuese un enemigo, sino como si se tratara del mismísimo Zeus. Se puso de pie con brusquedad, farfulló que tenía que orinar y abandonó el salón.

Fue directamente a la cocina, donde suponía que estaría la joven esclava que le había tirado el vino. La encontró de pie junto al hogar, con un cuenco de madera entre las manos que se le cayó al verlo detenido en el umbral.

Creonte aguardó en silencio mientras otras dos esclavas se

apresuraban a salir. Sabían que su amo estaba encaprichado con esa muchacha.

Cuando se quedaron solos, Creonte comenzó a andar hacia ella.

La joven retrocedió un paso y se detuvo, sin atreverse a alejarse más.

—Mi señor... —su voz estaba entreverada de llanto—, siento..., siento haber sido tan torpe. —Su amo continuaba acercándose despacio. Mantenía en los labios una sonrisa tranquilizadora, pero los ojos clavados en ella parecían estar ardiendo.

La esclava se llevó una mano temblorosa al hombro y retiró la túnica. La prenda se deslizó a lo largo de su cuerpo esbelto mientras Creonte avanzaba sin variar la expresión. De pronto, echó un brazo hacia atrás y descargó un puñetazo brutal contra su rostro.

La nariz de la esclava se rompió con un crujido y un relámpago de dolor le atravesó el cráneo. Cayó de espaldas y se quedó encogida en el suelo con las manos apretándose la cara.

Creonte la contempló con la respiración jadeante antes de arrodillarse junto a ella.

—Déjame ver.

Tuvo que hacer fuerza para apartar las manos de la muchacha, que emitía gemidos agudos y mantenía los ojos cerrados. La sangre le había empapado la mitad inferior del rostro.

—Vaya... —Creonte chasqueó los labios disgustado. La nariz recta y elegante de la esclava estaba ahora tan aplastada que resultaba grotesco. Le sujetó ambas muñecas con una mano y con la otra intentó recolocarle el hueso. La muchacha chilló y se revolvió, poniéndoselo tan difícil que tuvo que contener las ganas de golpearla otra vez.

Al cabo de un rato desistió. El hueso estaba destrozado y la nariz seguía deformada.

—Te has quedado muy fea —dijo con una mueca de desagrado. Se puso de pie y miró alrededor buscando algo con lo que limpiarse. Cogió un paño de una mesa y salió de la cocina dejando a la esclava retorciéndose en el suelo.

Avanzó por la penumbra del pasillo en dirección al salón y le llegaron las voces de sus invitados. Su expresión se crispó de

nuevo al pensar en el maestro del rey Alejandro, el maldito Aristóteles. La presencia del filósofo en Atenas era una afrenta constante a la que no podían resignarse.

Se detuvo junto a una antorcha clavada en la pared, alzó la mano y advirtió que todavía tenía restos de la sangre de la esclava. Cerró el puño con fuerza y el odio deformó su semblante mientras recorría con la mirada las manchas rojas que cubrían su piel.

«Juro por Zeus y por todos los dioses que Atenas se cobrará algún día la vida de Aristóteles.»